

Ernesto Guevara, también conocido como el Che, de Paco Ignacio Taibo II

Elena Díaz

Profesora. Universidad de La Habana.

La aparición de múltiples biografías del Che, después de más de treinta años de su desaparición física, es expresión de la trascendencia de su vida y pensamiento. Los nuevos intentos de rastrear sus huellas, de desentrañar sus misterios, de aproximarse al conocimiento de sus motivaciones y sus ideas reflejan el impacto que su personalidad provoca.

Como dijera Eduardo Galeano en su lenguaje de poeta, «¿por qué será que el Che tiene esa peligrosa costumbre de seguir naciendo? [...] ¿No será que el Che decía lo que pensaba y hacía lo que decía?». Esta es, en efecto, una de las aristas de la fascinación que ejerce: la total consecuencia entre ideas y acción. El ciclo integral de su vida es aval suficiente para hacer perdurar su memoria.

Pero en este milagro de su nacimiento continuado hay causas mucho más profundas: ser símbolo de la lucha, sin claudicación, en aras de un sueño: la transformación de la sociedad en beneficio de los pueblos, contra la injusticia y la desigualdad. En el mundo unipolar de fin del milenio, ese sueño adquiere un significado más trascendente, como alternativa al modelo neoliberal que se impuso a los

países del Sur, con sus consecuencias de polarización social y pobreza extrema.

Sobre este escenario desolador, la figura del Che adquiere un doble significado que atrae a las nuevas generaciones: como modelo de rebeldía ante la injusticia, y como esperanza de otra forma de pensar y de vivir.

Algunas biografías sobre el Che tratan, en gran medida, de desentrañar las facetas de su vida, de satisfacer ese interés apasionado que despierta, más fuerte mientras más años nos separan de su muerte en Bolivia, en 1967. Otras tienen objetivos menos nobles, han sido diseñadas para tratar de aplacar esa oleada espontánea de admiración en un intento de desmitificación del héroe, utilizando mecanismos intencionales de distorsión.

Esa intencionalidad no es neutral, y la figura del Che no es el principal objetivo; el intento de desarmar su ejemplo y sus ideales es un ataque contra la Revolución cubana y su significado.

Una de las biografías más divulgadas, entre las recientes, es *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, de Paco Ignacio Taibo II.¹

Su autor, conocido escritor mexicano, escribió dos textos anteriores que le sirvieron de antecedentes: *El año en que estuvimos en ninguna parte* y *La batalla de Santa Clara*. En la biografía, Taibo parte de una concepción que pretende ser objetiva, con el propósito de conocer al Che y darlo a conocer. Este aliento está presente en el texto y es posible aquilatarlo. No existen intencionales olvidos ni patrañas inventadas.

Las fuentes son, en su mayoría, tomadas del propio Che, utilizadas muchas veces textualmente, sobre todo en los textos públicos. A través de las líneas, aparece en múltiples ocasiones la narración del Che y es posible apreciar la admiración del autor por el personaje, casi a su pesar. Así, en uno de los capítulos confiesa: «Al historiador le gustaría poder apelar nuevamente a la voz del propio Che. No hay manera de evadir ese tono narrativo, esa sinceridad cabrona, ese sentido del humor cáustico».

El texto construido resulta interesante, fluido, ameno; en su estilo se aprecia el oficio del escritor que sabe cómo atrapar al lector.

Entre sus deficiencias formales puede señalarse, sin embargo, la excesiva fragmentación del texto, que abarca 62 capítulos. Por ejemplo, dedica 8 capítulos a su etapa de juventud, 14 al período insurreccional de la Revolución cubana, 13 a la gesta africana, 10 a Bolivia y 5 a su muerte y análisis posterior. Esta fragmentación contribuye a conformar una imagen superficial y poco coherente de su vida.

En este carácter reside su principal deficiencia, donde lo anecdótico gana terreno a la comprensión más profunda. Ello informa otro rasgo de la biografía: más una recopilación de textos y citas documentales que el resultado de una investigación donde se articulen varios ejes de análisis. Podría catalogarse como una cronología periodística, más que un ensayo de interpretación. Por esta razón no aporta nuevos enfoques ni logra iluminar facetas poco estudiadas del Che, excepto para aquellos que no conocen sus propios textos.

El foco central de este libro es, por supuesto, la figura del Che, la descripción de su personalidad a través de diferentes etapas y acciones de su vida; en este sentido, logra dibujar sus rasgos, tan fuertes que el resultado es también fuerte. Pero precisamente por este énfasis en la persona, su trayectoria se presenta más como una consecuencia de su carácter y no como realmente ocurre, la expresión consecuente de su pensamiento.

La presentación de las primeras etapas de la vida del Che, y de la guerra revolucionaria en Cuba, y hasta de la estancia en África, reflejan con mayor riqueza las situaciones, por contar con fuentes testimoniales directas. En la narración de estos momentos, se logra con mayor certeza, captar —aunque parcialmente— destellos de

la apasionante situación vivida. Resultan especialmente interesantes las referencias a la lucha en el Congo, que entonces no se conocía suficientemente, por no haberse publicado aún el Diario del Che sobre esta etapa. El autor ha explicado en otro texto cómo tuvo acceso a esa fuente entonces inédita, y también que no comparte la interpretación de otros ensayistas sobre este importante documento. Su apreciación sigue siendo muy cuidadosa y respetuosa sobre la figura del Che, el significado de su conducta y sus nexos con la Revolución cubana en ese período. Estos aspectos, como se sabe, han sido objeto de manipulación y difamación durante años, incluso de una de las más burdas tramas, inventadas para acusar a Fidel Castro de la desaparición del Che, como prueba de la supuesta separación y enemistad de los dos hombres. Ya Fidel había explicado, en el libro que escribió el periodista italiano Gianni Miná,² la cronología sobre este período, y cómo la dirección de la Revolución se vio obligada a publicar la carta de despedida del Che ante la presión internacional y la constitución del primer Comité Central del Partido Comunista de Cuba, en el que el pueblo esperaba la inclusión natural de su dirigente. También narra la comunicación entre ambos en ese período, y cómo logra convencer al Che para que regrese a Cuba a preparar su próxima gesta.

Quizás por todo el misterio que rodeó, durante años, a la lucha en el Congo, lo que escribe Taibo sobre esto resulta novedoso, y puede atrapar al lector en sus aristas complejas y hasta cierto grado desconocidas.

Pero el proceso de las transformaciones sociales de la Revolución cubana, del año 59 al 65, aparece desdibujado, lleno de lagunas y carente de una comprensión abarcadora. Es esta también una etapa llena de fascinación para el que quiera comprender la profundidad del proceso revolucionario realizado en Cuba, la complejidad del escenario social y de su contexto internacional, y el protagónico papel del Che. Es esta su dimensión más original, por sus aportes al pensamiento creador, por sus críticas al modo en que se desarrollaba la sociedad en el socialismo del Este europeo, por la implementación de un proyecto de dirección novedoso, por los múltiples ejemplos en que concibió y contribuyó a generar una nueva forma de vivir en Cuba.

Por todo esto, pensamos que Taibo no comprendió la integralidad del pensamiento del Che.

En el libro se presenta, en trazos muy gruesos, una imagen bastante superficial del contexto de la época. En el pensamiento del Che, el escenario internacional se articula con el nacional, vinculando el enfrentamiento a la política colonial y neocolonial de los Estados imperialistas y la defensa de la soberanía de los subdesarrollados, con la formación de valores. En el

caso de Cuba, esta integralidad la concibe como un deber de la Revolución. Solo integrando estos enfoques puede comprenderse la estrategia del Che, su proyecto de lucha revolucionaria a nivel continental, que funde su concepción militar con el proyecto de transformación de las relaciones internacionales, en la creación de nuevos valores, y su internacionalismo.

Tampoco Taibo comprende la profundidad del pensamiento ético del Che. El significado, por ejemplo, del trabajo voluntario, que para él es instrumento de formación de nuevos valores y conciencia, y que en el libro se presenta principalmente como aspiración casi estoica de autoexigencia —también parte de la realidad vivida por el Che, pero no insertada en su contexto más certero en esta biografía.

Hay referencias a su comprensión sobre el hombre nuevo, pero otra vez se pierde la connotación más importante. Para el Che, es este uno de los conceptos más relevantes de su pensamiento, imagen nunca acabada de un paradigma que se construye en el proceso de transformación de la sociedad, como parte inseparable de la integración del individuo a la colectividad, sin perder su individualidad, pero siendo parte del proyecto social. El autor intenta comprender el significado del concepto, pero otra vez resulta insuficiente, casi descriptivo, incapaz de atrapar su connotación más profunda.

Así lo refiere cuando reseña de un plumazo el contenido de *El socialismo y el hombre en Cuba*, profundo ensayo donde el Che incursiona en la relación dirigente/ dirigidos, en el papel de la masa, en las motivaciones de los hombres para asimilar las ideas socialistas, en mecanismos de participación, en procesos de institucionalización y sus complejidades.

Es la tríada que conforma una de las dimensiones más notables de su pensamiento ético: el énfasis en potenciar la individualidad humana a través de su integración a la sociedad (conservando y aun magnificando esa individualidad que exalta); la interrelación de los valores de solidaridad y justicia; y la identificación de la dignidad, como respeto al otro y a sí mismo. Estas ideas son expresión de su pensamiento más maduro, y por tanto más integral; a través de su comprensión puede analizarse la coherencia que otorga a su lucha guerrillera un nexo indisoluble con sus sueños de una sociedad diferente, más justa y humanizada.

Por último, en esta breve reseña sobre la obra de Taibo no podría dejar de mencionar un aspecto negativo: en el libro se expresa que la CIA no estuvo involucrada en la muerte del Che. Puede parecer exceso de rigor, porque el autor no tenía acceso a pruebas documentales, pero en realidad la crítica más leve a este error sería la de ingenuidad.

Otro elemento que se ha criticado es su extensión, la reproducción innecesaria de documentos —¿objetivo comercializador? Pero en realidad esta extensión puede valorarse en otra dimensión, porque también contribuye a divulgar las ideas y la vida del Che, para las muchas personas que ansían conocerlo, especialmente los jóvenes. Finalmente, a pesar de las críticas, el saldo del libro, aunque este sea incompleto e insuficiente, es valioso. El sabor que deja no es amargo, quizás por la escasez de biografías y la competitividad de otras, preparadas no con la objetividad y la intencionalidad de Taibo, sino con el propósito de atacar al proceso revolucionario cubano.

Esta biografía, por su intención y forma de expresarla, cumple un importante papel en la divulgación y el mayor conocimiento de la vida y el pensamiento del Che. A través de sus páginas, muchos se aproximan con admiración a la figura legendaria. Uno de sus admiradores, tal vez sin total conciencia de ello, es el propio Taibo.

Se rinde tributo así a una de las figuras más influyentes del siglo que termina y, sin dudas, un símbolo para las nuevas generaciones en el próximo milenio.

Notas

1. Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Editorial Planeta, México, 1997.
2. Gianni Miná, *Un encuentro con Fidel*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1987, pp. 311-49.

© TEMAS, 1999.